

EL HUMANISMO

Hernán Mejía Velásquez*

El avance y el acelerado desarrollo de la ciencia y la tecnología durante este siglo XX y particularmente de mediados del siglo hasta el presente, ha provocado una "revolución" en todos los órdenes de la vida humana, pues ha transformado todos los sistemas que estructuran la vida de los pueblos y las sociedades: el político, el económico, el cultural, el físico, el espiritual, el ético, etc. y por consiguiente los subsistemas en que aquellos se descomponen o con los que tienen relación.

El beneficio, a las claras, está en el progreso de la ciencia y la tecnología del cual derivan las prolíficas respuestas y aplicaciones cuyo inventario es enormemente extenso y de todos conocido lo que ha hecho más confortable, más cómoda, más fácil, la vida y las rutinas de los hombres: en el hogar, en el transporte, el comercio, la comunicaciones, la industria, el trabajo, etc.

Todo lo bueno y más positivo de ese progreso y desarrollo, tiene sin embargo un costo, a veces muy alto, que toca con los valores, la dignidad humana, la amenaza para el medio ambiente, la complicación de las in-

teracciones (con su respectivo incremento en las presiones y en las tensiones) y el comprometido futuro por la evolución de las relaciones políticas planetarias, que involucran un orden internacional injusto, un predominio deshumanizado de los intereses económicos y un poderío armamentístico y militar incalculable.

La reacción de las nuevas generaciones y la adaptación a los cambios, ha generado una mutación ideológica y espiritual en la que difícilmente se conservan en pie los valores y las normas que tradicionalmente amalgamaron la sociedad y que al menos en apariencia o en forma, no son eficientes ni suficientes, sin que, por el momento, se vea clara la aparición de otros nuevos.

Uno de los síntomas más preocupantes, es el desdén por todo aquello que involucra el conocimiento y la comprensión de la historia humana, no tanto por el afán erudito de dar cuenta al detalle de los acontecimientos y logros (científicos, políticos, militares, artísticos, etc.) del pasado, sino por el significado que se puede con este conocimiento alcanzar, y contribuir acertadamente a dar

* *Docente Dpto. Formación Humanista UPB. Ex-Decano de la Facultad de Sociología U.S.B. - Medellín.*

forma al presente y proyectar el porvenir con optimismo.

Es necesario a nuestro parecer, aclarar la idea de lo que encierra el Humanismo para desencasillarlo, si es el caso, o para evitar el encasillarlo nuevamente si queremos que tome un viraje vital e importante para nuestro que-hacer universitario.

El primer error consiste en que en la práctica se ha identificado el humanismo con un cuerpo de conocimientos diferente y en parte rival, a los conocimientos de la ciencia y la investigación tecnológica, vistos, de un modo positivista, no solo como dudosos (los saberes humanistas) por su "estatuto científico", sino hasta cierto punto inútiles y vacíos, al querer compararlos con el punto concreto y pragmático de los otros saberes llamados científicos. Sus discursos y sus reflexiones son "carreta" como usualmente los llama el estudiante, que no hace otra cosa que reflejar el carácter relegado y de escasa importancia que le dan las instituciones educativas.

Así lo expresa con toda claridad María Cecilia Posada: "Más, habrá algunas instituciones que se levanten para argumentar que en sus currículos sigue existiendo un espacio para las humanidades, conscientes de que son también necesarias para la formación del buen profesional. Aquí, sin embargo, el problema radica, por una parte, en el punto secundario que estas cátedras ocupan; para los estudiantes no pasan de ser un "relleno" sin interés ni importancia y todo el ambiente universitario profesionalizante, así lo confirma" (1).

Humanismo no es tampoco aquella "cultura general" erudita de la que hablan muchas personas. Es ante todo y antes que nada "una posición vital y concreta del hombre frente a sí mismo" (2).

Como posición vital, ésta no puede estar basada en conceptos improvisados, de moda, facilistas, ni por conveniencia o apariencias. Su arraigo debe ser profundo, fruto de una

maduración; una fundamentación que tenga por centro al hombre y sus transformaciones históricas y esto, sólo puede brindarlo una EDUCACION, cuyo objetivo y meta sea el hombre mismo. Para clasificar ésta prioridad veamos la anotación que hace Eduardo Santa: "Desde los griegos presocráticos, desde los sofistas mismos, la educación hacía relación a dos fenómenos diferentes, aunque correlativos: el primero, el esencial, el básico, era la formación del hombre, la formación del carácter, la transmisión de una serie de valores éticos con los cuales, a juicio de los rectores de la época, debía realizarse el hombre y ser persona útil a la sociedad y apto por consiguiente para la convivencia. Y el segundo, menos importante que el primero, hacía relación a la transmisión de conocimientos técnicos, científicos, pragmáticos, que hacían de ese hombre ético y moral, un ser económico y socialmente útil" (3).

El hombre posee desde su nacimiento un potencial infinito en posibilidades. Dotado para la inteligencia, la imaginación, la sensibilidad, la voluntad, etc, se convierte, en la medida en que sepa darles forma a esas capacidades, habilidades y destrezas, en un ser versátil y polifacético, que puede, claro está, especializarse en una u otra actividad manual, intelectual o espiritual, sin que por ello quede cerrado o negado a otras posibilidades. En su complejidad, el hombre, a diferencia del animal (que está dotado por naturaleza para el desarrollo de sus funciones vitales y orgánicas, con un ordenamiento determinado y cuya evolución no es ni ha sido voluntaria), el hombre, repito, crea sus propias opciones y elige alternativas; busca obtener ventajas; y puede salir bien o mal librado, pero siempre tiene opción de corregir y enmendar, planear y proyectar.

La diferencia a que hacemos relación, se hace más abismal cuando interviene la educación humana. "Todo saber que se ocupa de los aspectos que hacen al hombre un ser distinto de los animales y de las cosas materiales, o sea, una persona humana, puede tildarse de humanista". (4).

La necesidad de dotar de sentido propio a la educación, y de vislumbrar el "Proyecto Humano" que el momento y las condiciones de una sociedad y un país requieren, tienen la más íntima relación. Corresponde a la más elevada meta formadora.

Educación, formación, humanismo, son conceptos artificialmente desligados, pues conceptualmente los tres son parte de un único proceso. Educación, del latín *ex-ducere*, significa conducir, traer fuera de o extraer de dentro. Ello permite obtener la "materia prima" a la que hay que darle FORMA y lograr la obra: Una persona, un ser humano.

Pero el hombre, la persona humana, no se educa en abstracto. No es algo incorpóreo o etéreo. Es un ser histórico y como tal ocupa un espacio-tiempo determinado y concreto. Nace en una sociedad determinada, con una cultura, unas normas y unos valores que le son propios y distintos. Etnia, religión, formas sociales orgánicas; abundancia o escasez, atraso o progreso- memoria de hechos y acontecimientos pasados y presentes y esperanza o expectativas para el futuro, constituyen elementos dinámicos los que, como los ríos, tienen su lecho y su cauce, mas, no fatal y determinista, pues como los ríos, también son transportados a través de cortos o largos recorridos, al mar abierto, a su concurrencia universal y como tal, tributan lo mejor y lo peor que llevan consigo despues de muchas confluencias.

Mas para avanzar en la comprensión acerca de la importancia del humanismo en la preparación de los profesionales, tenemos que reflexionar sobre la hipótesis de cuales son las consecuencias reales de tener incorporada o no, una formación humanista, cuando se trata de entrar a ejercer el oficio para el cual fue calificado. Veámoslo con un poco de historia:

Para su desarrollo, la ciencia tuvo que ramificarse en áreas de conocimiento cuyas pretensiones perdían en extensión y ganaban en intensidad. Para tomar sólo desde el S. XVIII, la gran Enciclopedia en la que se reu-

nían todos los saberes de la época, pasó a disolverse en ramas cada vez más independientes y autónomas: física, química, biología, etc. Este desarrollo permitió independizar las ciencias de la naturaleza de los saberes filosóficos y teológicos o ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu y de estas últimas se desagregarían las ciencias sociales, especializadas, en un primer momento, como ciencias económicas, políticas y jurídicas, sociológicas, psicológicas, etc. Se sale de los planos teóricos, de los principios y postulados racionales e incentivados y jalonados por los cambios en la estructura social, económica y política, se abre una era de aplicaciones e inventos que unen la ciencia con la técnica y cobra existencia definitiva la investigación tecnológica. Marca una nueva etapa, la del progreso, que pondera el conocimiento útil, eficaz y exacto como rasgo característico de la ciencia. Saber que no pueda satisfacer los requisitos del paradigma científico, es ideológico. El proceso sigue su tendencia a la especialización: Saber mucho de algo y muy poco de todo. Resultado: el divorcio entre técnica y humanismo, también expresado por la absurda distinción entre ciencias naturales y ciencias humanas. Poseer el "saber humanista", se convierte, hasta cierto punto, en otra modalidad especializada: "No es humanista el erudito en humanidades; no lo es quien ha adquirido conocimientos que informan sobre temas de filosofía, literatura, historia o asuntos semejantes. A este tipo de sabios mas bien podríamos denominarlos "tecnicos en humanidades" (5).

El afán desmesurado por formar especialistas llevó a las universidades y a quienes ingresaban a ellas a preparar para el oficio más que para el trabajo o la profesión (el servicio según su significado original).

El sector productivo toma la iniciativa y según sus demandas, estimula o desestimula la creación, conservación o cierre de programas académicos y universitarios. Por extensión las universidades su convirtieron en fabricantes de títulos y los estudiantes en "compradores de títulos". El criterio para ele-

gir carrera llegó a ser la "cotización" del título en el "mercado profesional". Pero el problema no para solo en un economicismo consumista, pues avanza con el ascenso de tales especialistas a los órganos de decisión pública y privada. Surge la especie de los tecnoburócratas, para tomar prestado el término de Mashall Wolfe (6) y de él, también, algunos rasgos de ese perfil de especialistas:

1. "La especialización profesional ... y la socialización institucional de los tecnoburócratas determinan en gran parte su capacidad para percibir y asimilar nuevos problemas". Un nuevo problema los asusta y bien, lo pasan como responsabilidad a otro especialista o redefinen el problema para acomodarlo e "incorporarlo a sus previas atribuciones profesionales..."
2. Los tecnoburócratas suelen suponer que tiene que haber una solución técnica óptima para cada problema y que deben condenarse las resistencias políticas y de otra índole a la aplicación de dicha solución... sus intervenciones se vuelven ineficaces y ritualistas, como en el caso de gran parte de la planificación formal del desarrollo o deliberadamente estrecha de enfoque, como en el caso de la mayoría de los proyectos de desarrollo... suelen exagerar la infalibilidad de sus conocimientos especializados y culpan de fracasos y conducta irracional a otros sectores de los sistemas políticos, administrativos y económicos.
3. "En general, los tecnoburócratas tienden a las soluciones estandarizadas, de aplicación universal para los problemas y a concebir proyectos en gran escala, de gran densidad de capital y tecnológicamente adelantados... sin tomar en cuenta las condiciones locales o la capacidad real para controlar su ejecución".
4. "El mercado de trabajo para los tecnoburócratas se compone de gobiernos, organismos internacionales, instituciones académicas y de investigación y empresas privadas siendo cada vez más importantes las empresas transnacionales dentro de este

último mercado ... cambian frecuentemente de un sector de empleo a otro".

Pero ser especialista no es la antítesis del ser humanista: "Humanista podría ser el científico, el tecnólogo,, el experto en humanidades, pues lo que realmente importa no son los conocimientos sino la capacidad que se tenga para enfrentar las realidades y las necesidades humanas con sentido crítico." (7).

En síntesis lo que se quiere decir se resume en dos pensamientos que trae a cuento Alvaro Rojas de la Espriella, en su artículo "Para qué sirven las Humanidades en la Educación Contemporánea?" (8). Uno, del maestro Manuel García Morente: "el especialista, que no es más que especialista, no es ni siquiera especialista", y el otro del doctor Marañón, médico y humanista español, que dice "el que solo sabe de medicina, ni de medicina sabe".

EL HUMANISMO Y LA CULTURA DEL SER

"Nuestro humanismo apunta a todos los intentos del hombre por cultivarse como tal y en este orden de significación es como se corresponde con el sentido más originario del término (cultivo)" (9).

"Culto es quien posee una estructura personal, un conjunto de movibles esquemas ideales, que apoyados unos en otros, construyen la unidad de un estilo y sirven para la intuición, el pensamiento, la concepción, la valoración y el tratamiento del mundo y de cualesquiera cosas contingentes en el mundo; ..." (10)

La cultura humanista es entonces, como lo señalan claramente las citas anteriores, el cultivo "que sustrae al hombre de la escala zoológica como especie y la confiere una individualidad" (11): "El cultivo de la voluntad para la ética de la conducta, cultivo de la inteligencia para el conocimiento de alguno o algunas ciencias, hasta el cultivo de la estética de la personalidad" (12).

LA CULTURA DEL SER Y LA VALORACION

En la lectura de Abel Naranjo V. podrá el estudiante encontrar lúcidos apúntes a este respecto y bástenos solo con señalar que la cultura del ser, en tanto creador de una estructura de personalidad, está completa cuando se está en capacidad de elegir, estimar, preferir, admirar, repudiar y sentir a partir de lo que Abel Naranjo define como juicio estimativo, que es la valoración o capacidad para sumar o restar intensidad, de sentimiento y emoción, calificar y cualificar, juzgar un acto, o apreciar la belleza o fealdad de las cosas.

La sociedad de consumo ha distorsionado nuestra capacidad de valorar y nos pasa con mucha frecuencia lo que al comerciante que trae a colación el personaje de Oscar Wilde evocado por Naranjo Villegas, que "sabe el precio de todo y el valor de nada". Hoy se habla con reiterativa frecuencia de la "crisis de valores" o en sentido positivo, de "la necesidad de recuperar los valores perdidos". Pero los valores no son cosas, objetos preciosos, que alguien, o un grupo de gentes asociados para delinquir, se robaron y escondieron en algún lugar. Los valores reaparecerán solo en el momento en que la sociedad y el individuo conformen o vuelvan a configurar la capacidad especial, que desde el reconocimiento de su propio ser histórico y cultural, le permitan restablecer su particular escala de magnitudes para estimar lo que conviene o no, lo que gusta o disgusta, lo que es bello, lo que es justo, lo que es respeto y lo que no, etc.

Carecer de la capacidad para valorar es, como en otro campo, carecer de la capacidad de cálculo, y medida, es decir no poder sumar o restar o pesar, o saber una masa, establecer una distancia etc. Qué se puede comprar o vender, edificar, diseñar, recorrer, construir o fabricar sin ninguna noción cuantitativa?

Samuel Arango, en su columna de EL COLOMBIANO, Sabía Usted? reprodujo la canción de Alberto Cortéz, "los demás" de

la cual citamos algunas líneas, por cuanto reflejan bien los valores ausentes en la sociedad de hoy:

"Nunca estamos conformes del quehacer de los demás.
y vivimos a solas sin pensar en los demás...
Los aciertos son nuestros y jamás de los demás
somos jueces mezquinos del valor de los demás,
pero no permitimos que nos juzguen los demás...
Nuestro tiempo es valioso pero no el de los demás
nuestro espacio precioso, pero no el de los demás...
Condenamos la envidia cuando envidian los demás
mas lo nuestro es desidia que no entienden los demás...
Olvidamos que somos los demás de los demás...
que llevamos a cuestras, unos menos, unos más
vanidad y modestia, como todos los demás...
Nos hacemos los sordos cuando llaman los demás
porque son tonterías escuchar a los demás
lo tildamos de manía el amor por los demás".

La "cultura del ser" pasa de ser un enunciado existencial, ontológico, cuando lo situamos en el terreno de la personalidad valorativa según el propio Abel Naranjo V. Ser hombre, ser padre, ser amigo, ser amante, "ser universitario". Singularizar el ser universitario, significa establecer los valores propios que lo identifican, que lo individualizan, que lo hacen distinto y diferente, pero no, como se cree, distante y raro. Privilegiado, pero no exclusivo.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

1. POSADA GONZALEZ, María Cecilia. "La Formación Humanista, un nuevo rumbo de las Humanidades en la Universidad". Documento del Dpto. de Formación Humanista U.P.B. p. 2.
2. ROJAS DE LA ESPRIELLA, Alvaro. "Para qué sirven las Humanidades en la Educación contemporánea?". Hojas Universitarias. Universidad Central. Vol. III, No. 29: Julio de 1987, Bogotá. p. 270.
3. SANTA, Eduardo. Educar, para qué? En: La Crisis del Humanismo. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1986. p. 68.

4. POSADA GONZALEZ, María Cecilia. Op. cit. p. 3.
5. Ibid. p. 4.
6. WOLFE, Marshall. "El medio ambiente en la palestra política". Revista de la CEPAL. Diciembre de 1980. p. 98.
7. POSADA GONZALEZ, María Cecilia. Op. cit. p. 5.
8. ROJAS DE LA ESPRIELLA, Alvaro. Op. cit. p. 272.
9. POSADA GONZALEZ, María Cecilia. Op. cit. p. 5.
10. NARANJO VILLEGAS, Abel. "El proceso al Humanismo". Documento fotocopiado Departamento. de Formación Humanista U.P.B. p. 149.
11. Ibid. p. 150
12. Idem.